

GOSCINNY, EL

Es el autor de los guiones de «Asterix», «Lucky Luke» y «El Califa Harun El Pussah», «comics» de enorme difusión, muy especialmente el primero de ellos, editado en unos quince o veinte países con una venta global de alrededor de treinta y cinco millones de álbumes. Director de la revista y editorial Pilote, también articulista y autor de diversos libros humorísticos, René Goscinny, ha pasado unos días en España con motivo de la presentación oficial en nuestro país del personaje «Lucky Luke», que aparece simultáneamente en forma de largometraje cinematográfico y de álbum editorial. En este caso, los dibujos no son de Uderzo —como en «Asterix»—, sino del dibujante belga Morris, creador original de este héroe humorístico del Oeste americano.

La charla con Goscinny no ha tenido complicaciones. En el excelente castellano que adquirió durante su estancia en Buenos Aires, hemos hablado durante más de una hora. Hombre divertido, aunque un tanto fastidiado por los juicios que sobre su trabajo se realizan, acepta cualquier pregunta, e incluso el forcejeo que en la entrevista se trasluce, dado nuestro distinto concepto del humor y su significación ideológica:

TRIUNFO.—¿Cómo, cuándo, dónde y por qué surgió el personaje de «Lucky Luke»?

RENE GOSCINNY.—«Lucky Luke» fue creado hace veintiséis años por el dibujante Morris, para la revista belga «Spirou». Conoció a Morris en Nueva York unos ocho o nueve años después, y entonces él me pidió que le hiciera los guiones. Desde ese momento hasta ahora, se mantiene nuestra colaboración.

«El personaje Lucky Luke es una parodia de la historia del Oeste americano, de la verdadera historia, y también de los «westerns», de las películas. Morris lo creó porque a él le gustaban mucho los «westerns», en un momento además como 1945 en que el género tuvo una nueva popularidad tras haber desaparecido un poco durante la segunda guerra mundial.

T.—¿Qué método de trabajo siguen en su colaboración guionista-dibujante?

R. G.—El método siguiente: primero, hablamos juntos para ver el tema general de la aventura que vamos a escribir. Una vez que nos hemos fijado en el tema, yo escribo una sinopsis muy completa, con mucho detalle, donde están ya los diálogos y una descripción muy minuciosa de toda la historia. Y se la mando a Morris, que la lee, ve si le conviene, toma nota de la posible documentación que va a necesitar... Después, yo hago el «decoupage», la descripción, imagen por imagen y página por página, de toda la historieta. A Morris sólo le queda dibujarla...

T.—¿Le resulta muy diferente trabajar con Morris a hacerlo con Uderzo, su compañero de «Asterix»?

R. G.—No, es lo mismo. Es lo mismo porque yo los conozco a los dos desde hace como veinte años, somos amigos muy íntimos, estamos acostumbrados a trabajar juntos y —sobre todo— un muy buen dibujante se parece mucho a otro muy buen dibujante.

T.—¿El público que lee «Asterix», «Lucky Luke» o «El Califa Harun El

Pussah» es siempre el mismo, o cada personaje tiene el suyo, son públicos distintos?

R. G.—En general, es el mismo público, porque la gente me habla de las diferentes historias. Aunque cada uno tiene luego sus preferencias; depende de los gustos, de las aficiones.

T.—¿Y ese público es mayoritariamente adulto o infantil?

R. G.—Bueno, lo curioso es que el porcentaje está equilibrado. Algo francamente extraño, porque en pocos medios de expresión se puede tener simultáneamente como público a un intelectual y a un niño. Me parece que es porque los niños y los adultos no ven exactamente las mismas cosas. Aunque no sé... decir esto también es arriesgado, hay niños con mucho sentido del humor, que entienden muy bien el humor, digamos de segundo grado...

T.—¿Uderzo y usted esperaban ese éxito tan enorme de «Asterix»?

R. G.—No, claro que no, porque es un éxito sin precedentes en este tipo de cosas. Esperábamos un éxito normal, pero ha resultado un éxito anormal. Y digo anormal porque han empezado a hacerse referencias a «Asterix» fuera de la historieta misma, alusiones a «Asterix» en discursos políticos, en estudios psicológicos o en las conversaciones de la gente. Incluso personas que nunca han leído «Asterix», lo reflejan en su manera de hablar, señal de que ha entrado en el lenguaje. Y, claro, esto ya son cosas que una nunca puede ni esperar ni explicar.

T.—Esa repercusión social de su personaje, ¿a usted le preocupa, le coarta o le anima a trabajar? Cuando usted piensa que hay tantos millones de personas que leen sus «comics»...

R. G.—No, no, no: es que yo nunca pienso en eso. Hay que dividir completamente las cosas. Cuando se hace un trabajo creativo, uno se olvida del tinglado editorial y de todo lo demás. Dése cuenta, si yo estoy con mi máquina de escribir, escribo una palabra y pienso que esta palabra va a ser impresa tres millones de veces y la van a leer tantos millones de personas... no, es imposible. Como tampoco creo que un director de cine piense en que dieciocho millones de espectadores van a ver su película, porque es cosa de quedarse en casa y meterse en la cama para toda la vida...

«NO HE VENIDO EN AVION PARTICULAR DEL GOBIERNO»

T.—En diversos estudios se ha dicho que «Asterix» vendría a ser la representación del héroe gaullista, el portavoz del tradicional chauvinismo francés...

R. G.—Sí, yo he oído eso de «Asterix, héroe gaullista»... y creo que De Gaulle también. Pero no, por favor. Primero, es una caricatura del chauvinismo y es una caricatura muy evidente, de primer grado. Los que hacen estos estudios, si quieren tener objetividad, tienen que verlo. Pero la gente no es honrada cuando hace estas cosas. Se hacen una imagen de «Asterix», del éxito de «Asterix» y del efecto que el éxito ha hecho en el autor, y tratan entonces de realizar unos estudios que expliquen todo



«El "comic" es de los pocos medios de expresión en que se puede tener simultáneamente como público a un intelectual y a un niño».

«Sólo soy un humorista que quiere divertir al público; mi único objetivo es hacer reír a la gente».

aquello. No me parece un buen sistema de trabajo, ni lleva a ninguna parte.

«Lo del gaullismo a mí me lo han dicho muchas veces. ¿Y qué va a hacer usted cuando el general De Gaulle desaparezca?, me venían a preguntar. Porque, claro, desapareciendo De Gaulle, desaparecía «Asterix» y la razón de leerlo... Bueno, pues De Gaulle ha desaparecido y «Asterix» sigue igual o mejor que antes. De cualquier forma, si yo hubiese hecho algo por la defensa del gaullismo, se sabría, y si hubiese hecho algo por la defensa y el prestigio único de Francia, habría venido a España en avión particular del Gobierno.

T.—Pero ninguno de esos estudios, de esos análisis, le ha ayudado a encontrar cosas distintas, caminos nuevos...?

R. G.—Nunca, lo único que me han hecho ha sido mucho daño. Me han hecho mucho daño personalmente, porque antes me consideraban como lo que yo quiero ser y soy en realidad, un humorista que sólo quiere divertir al público. Y a partir de estos estudios, que los hubo a decenas, sus autoras han hecho dudar a mucha gente de la pureza de mis intenciones, de mis posturas políticas, como si yo todo lo hiciera bajo un aspecto puramente comercial de la sociedad de consumo. Todas estas cosas, que son completamente falsas, me hacen daño porque para mí, mi trabajo es el del primer día que empecé, solo, enfrente de una máquina de escribir.

«Lo que quiero, por encima de todo, es hacer reír a la gente. Y lo que más me importa es pasar por un pueblo francés con mi coche, pararme para coger gasolina y si el empleado me diga: «Cómo me divertí ayer leyendo lo que usted escribió...». Para mí esto es el Oscar. Todo lo demás es un tinglado con el que no tengo nada que ver y que me supera.

T.—¿A qué cree que es debido el auge actual del «comic», su consideración incluso en medios intelectuales que tradicionalmente lo habían despreciado, mirándolo como una literatura de consumo sin ningún interés?

R. G.—Ha pasado algo muy extraño. De siempre, los «comics» han sido leídos por adultos, eran los padres que leían los libros de sus hijos, los tíos los de los sobrinos, o los cuñados los de los cuñaditos... Siempre había un niño que servía de pretexto. Otros los compraban como a escondidas... Pero, de repente, todo ha cambiado. Con sinceridad, creo que en Francia «Asterix» ha sido una de las causas del cambio, porque el snobismo se apoderó de él y empezaron a hablar del «comic» en círculos donde antes ni siquiera se le mencionaba.

PAIDRE

«Creo, entonces, que el snobismo ha sido un factor esencial. Aunque hay otros, claro: esos estudios de que antes hablábamos y, por encima de todo, el hecho de que estemos en la civilización de la imagen, dentro de la que leer «comics» es algo perfectamente normal. Pero este cambio es un fenómeno europeo, porque en Estados Unidos los «comics» eran leídos desde hace ya mucho tiempo, y no sólo por gente estúpida. «Pogo», por ejemplo, de Walt Kelly, siempre lo han leído los intelectuales, y constituyó uno de los ataques más violentos contra el senador McCarthy en una época en que la gente no le solía hacer precisamente ataques violentos... Kelly tuvo un enorme coraje, mucho valor. Y «Pin-ups», que me parece uno de los estudios psicológicos más detallados y más profundos de la sociedad americana, sobre todo en cuanto a las relaciones con las mujeres... Y la gente lo consideró siempre así. Con la misma seriedad con que se empieza a ver ahora en Europa.

«Pero, a pesar de todo, creo que hay dos tipos de éxito en el «comic»: está el éxito real, el de la gente que lo lee, que ya no tiene vergüenza y que le gusta, y el éxito del snobismo, que va a pasar pronto porque es una moda como otra cualquiera.

T.—Antes hablaba usted de que su único propósito era el de divertir a la gente. Pero resulta que esa diversión tiene un alcance, una repercusión muy amplia, analizable sociológicamente. Cuando ese análisis se efectúa no parece posible que sea la diversión el único motivo del impacto de «Asterix», por ejemplo, sino que hay otros elementos que también juegan cara al público...

R. G.—Yo insisto en que no, en que se trata simplemente de una diversión. No olvidemos que el humor es un arma muy fuerte, y yo me muevo siempre en su terreno. Ni juzgo, ni doy lecciones, ni tengo mensaje; a veces me divierte, simplemente, hacer notar a través de la caricatura la estupidez de algunas cosas. Es algo que puede ir muy lejos. Por ejemplo, a mí me hace reír mucho —y trato de satirizarlo— el burgués que hace declaraciones muy de izquierda... Lo único que hago es resaltar lo que ya está en la realidad.

T.—Pero el humorista, o el guionista del «comic» en su caso, tiene, como todo el mundo, una ideología, y no la puede guardar en un armario a la hora de ponerse a trabajar; de alguna forma quedará reflejada en lo que hace, por muy infantil y muy inocente que sea su trabajo...

R. G.—Es que para mí, el humorista tiene que ser de una objetividad total, debe tomar distancia con respecto a aquello que trata, porque si no, ya no hace humor, sino que defiende una causa. Lo que me parece perfecto, magnífico, está muy bien... pero entonces ya no es un humorista. De acuerdo, se puede atacar siempre al mismo lado y se puede hacer con

UNA MANERA ANGLOSAJONA DE VER LAS COSAS

«Pero el humorista, o el guionista del «comic» en su caso, tiene, como todo el mundo, una ideología, y no la puede guardar en un armario a la hora de ponerse a trabajar; de alguna forma quedará reflejada en lo que hace, por muy infantil y muy inocente que sea su trabajo...»

DE "ASTERIX"

mucho humor y hay cosas estupendas en este sentido... Pero hay que atacar al otro lado también. Es lo que yo hago con toda tranquilidad. La gente está buscando siempre cuál es mi ideología, y mi ideología es muy objetiva: hay cosas en los «gachistas» que son muy ridículas; hay muchas cosas en los «gubernamentales» que son horriblemente ridículas. Yo me meto con eso que me parece ridículo de unos y de otros. El resultado es que pierdo amigos...

«Reconozco que, en este sentido, estoy muy influenciado por los humoristas anglosajones, ingleses y americanos. Mucho más que por los franceses, porque yo viví un montón de años en América del Sur —concretamente en Argentina—, y allí había muchas más traducciones de los primeros que de los segundos. Y junto a unas cuestiones de estilo, incluso de técnica, existe en mí una influencia anglosajona mucho más profunda, la que se deriva de una cierta manera de ver las cosas, de un deseo de objetividad frente a todo y frente a todos. Yo creo que nadie preguntaría nunca a los «grandes» del «comic» norteamericano si eran demócratas o republicanos; ellos tenían una forma de

hacer muy particular. Esa «forma de hacer» para mí se llama honradez.

T.—Lo que si es cierto es que en sus «comics» existe un claro sentido de la ironía. Ironía sobre la Historia o, mejor, sobre la grandilocuencia de la Historia, en «Asterix»; ironía sobre una mitología como la del «western», en «Lucky Luke»...

R. G.—Sí, es que es mi manera de ser. Cuando veo algo grandioso y majestuoso, tengo necesidad de desarmarlo. Quizá sea una defensa; dicen que el humor es una defensa, una forma de pudor, no sé... Continuamente siento esta tentación de ver cómo funcionan las cosas por dentro, de sacarles las piezas. Por ejemplo, en «Asterix», Cleopatra llega como en la película, con este magnífico, ridículo e increíble vehículo, con todo el ceremonial del mundo, y dice: «He venido sin haber tenido tiempo para cambiarme...». Porque esta gente —empleando sólo términos bien educados— estornudaba, tenía sus necesidades y hacía las mismas cosas que hacemos todos, todos los días.

«Y me gusta mucho, además, trabajar y reirme con el lenguaje. Es un placer personal. Como también lo es, para mí, situar «gags» en varios planos distintos, que la acción no suceda en un solo plano. Me gusta que, por ejemplo, mientras haya toda una batalla, dos o tres personas tengan también otra batalla particular, muy lejos pero tan violenta como la de primer término. O también, tener un «gag» y sugerirlo, en vez de darlo hasta el final... En todo esto, me encuentro muy cerca de Jacques Tati; ¿recuerda usted «Les vacances de monsieur Hulot»? Era algo genial, pasaban cosas muy divertidas en primer plano, pero atrás, lejos, otras formidables, extraordinarias. Había que verla muchas veces para captar todo lo que contenía cada imagen.

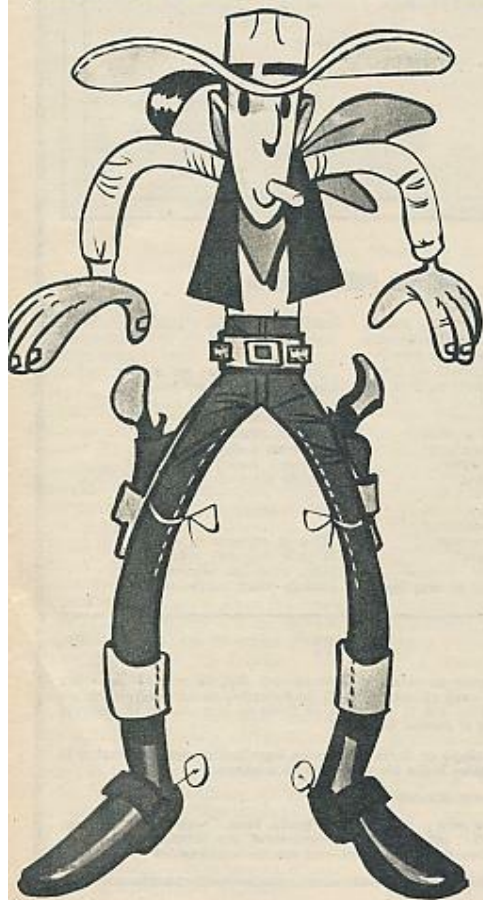
«ME PERTURBAN LOS "COMICS UNDERGROUND"»

T.—Las últimas tendencias del «comic» discurren a gran velocidad hacia unos terrenos que —simplificando mucho— podríamos calificar de «políticos», «eróticos» y «violentos». ¿O usted piensa usted de ello?

«Lucky Luke» —creación de Morris y Goscinny— o el típico héroe del «western», visto desde un ángulo irónico, burlón.



«Asterix no es un héroe gaullista, sino una caricatura, en primer grado, del chauvinismo francés».



R. G.—Francamente, me parece que es una moda. Todo el mundo —demasiada gente, diría yo— va por ese camino. Creo que en el «comic», como en cualquier medio de expresión, se puede hacer de todo, y todo puede ser bueno o no serlo. Por gusto personal, yo no me siento identificado con esas tendencias, no me entusiasman en absoluto. He visto hace poco el largo metraje «Fritz the cat», sobre los dibujos de Crumb... Técnicamente, magnífico, con cosas realmente buenas, pero una utilización comercial de todo lo que está de moda. Viene a ser como un catálogo de cuanto ahora se hace.

«Me perturba mucho, lo reconozco, esta oleada de revistas muy violentas tipo «underground» o de «contestación». Y las leo todas, pero me parece que estoy leyendo siempre la misma. No quiero que Pilote —la revista de «comics» que dirijo, que ha evolucionado mucho en estos últimos años— sea así, sino que busco llegar a convertirla en una revista satírica de calidad gráfica. A muchos les da la impresión de que cuando en Pilote no hacemos ciertas cosas es por cobardía o por

que estamos pagados por el Gobierno. En cuanto a lo de la cobardía, no hay ningún peligro en Francia de decir cualquier cosa. Usted puede decir lo que quiera; a lo peor, le llaman al Juzgado y le ponen un franco simbólico de multa... que sirve de excelente publicidad, por otra parte. De lo del Gobierno, no vale la pena ni siquiera hablar, es una estupidez.

T.—¿Qué opinan entonces de usted los autores jóvenes de «comics» de Francia? ¿Le atacan, le estiman?...

R. G.—Me atacan y me estiman. Me atacan porque el éxito comercial es una cosa que nadie perdona en Francia; todo lo contrario de lo que ocurre en Estados Unidos. De ahí, el que se digan tantas cosas sobre mi manera de ver las cosas, mi forma de ser, mis opiniones políticas, mis opiniones comerciales... Es algo que, francamente, no me gusta y me da hasta pena. Pero, por otro lado y con toda objetividad, me parece que me respetan mucho, que me estiman en el fondo de ellos mismos, porque creo que en esta pequeña profesión he ayudado algo. ■ Entrevista registrada en magnetofón por FERNANDO LARA. Foto: RAMON RODRIGUEZ.